

Jx 1305

L3

V.3

Es propiedad.

MADRID, 1875.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y Comp.<sup>a</sup>  
(SUCESTORES DE RIVADENEYRA),  
IMPRESTORES DE CÁMARA DE S. M.

---

## INTRODUCCION.

---

### § I.—El Oriente, la Grecia y Roma.

La monarquía universal es la única forma bajo la cual han concebido los antiguos la unidad. Fué el sueño de todos los conquistadores. Los Grandes Reyes esperaban que la Persia no tendría más límites que el cielo. Las brillantes victorias de Alejandro extendieron la gloria y el terror de su nombre por todas las partes del mundo: estuvo en su derecho al hacerse llamar el monarca del universo. Pero la raza griega, que había nacido dividida, era impotente para realizar la unidad; la misión de conquistar y de gobernar á las naciones estaba reservada á Roma.

El Imperio romano no fué ya, como el de los Persas, una juxtaposición de pueblos. Roma se asimiló sus conquistas por el poder de sus leyes y de su administración. Se manifestó también más digna que la Grecia de ser la señora de la tierra. Los Griegos no llegaron ni aún á establecer la unidad en el seno de sus ciudades; las facciones de la aristocracia y del pueblo se hacían allí una guerra á muerte, y la victoria conducía á la opresión ó á la exterminación de los vencidos. Este espíritu de exclusión caracteriza igualmente las relaciones de los Helenos con los pueblos extranjeros. Su vanidad era excesiva; Tácito les censura el no admirar más que á sí mismos. La distancia entre un griego y un bárbaro era casi tan grande como la que separaba al hombre libre del esclavo. Jamás tuvieron las repúblicas de la Grecia la idea de asociar á los Bárbaros á los derechos del vencedor. Atenas y Esparta

no trataron bajo un pié de igualdad ni áun á los Griegos que se pusieron á sus órdenes; oprimieron á los aliados como á vencidos. Roma tuvo por punto de partida el dualismo más marcado; pero los Romanos, destinados á imponer la unidad al mundo, empezaron por organizarla en el interior de la ciudad; unidad incompleta, es cierto, pero esta tentativa de igualdad revela en el pueblo rey tendencias más generales que las de las democracias griegas. En sus relaciones con las naciones extranjeras se mostró Roma ménos exclusiva que la Grecia; le sobrepujó mucho en sus instituciones (1); concedió derechos á los vencidos y acabó por asimilarlos á los vencedores.

Roma fué, pues, superior tanto al Oriente como á la Grecia; realizó la unidad del mundo antiguo, obra inmensa que habian intentado en vano los conquistadores del Asia y el héroe macedonio. Este es su título de gloria. ¿Cuál era el genio de este pueblo que, proviniendo de una pequeña ciudad, reunió por la primera vez bajo su dominio el Oriente y el Occidente?

La democracia reinaba en las ciudades griegas, la aristocracia en Roma. Bajo los reyes, el elemento dominante fué el patriciado. Despues de la expulsion de los reyes, comenzó entre los patricios y los plebeyos una larga lucha que condujo á la igualdad de estos dos órdenes; pero bien pronto se vió elevarse una nueva nobleza sobre las ruinas de la antigua. Roma es, pues, esencialmente aristocrática. El gobierno de la aristocracia, fatal á la igualdad, es favorable para la duracion de los estados. Gracias á esta constitucion es como Roma ha podido seguir durante siglos una política invariable en sus relaciones con los pueblos extranjeros, miéntras que la conducta de las repúblicas griegas era mudable segun los caprichos de la multitud.

El patriciado nació de la conquista. Ordinariamente el orgullo

(1) SALLUST., *Catil.*, 51. «*Majores nostri neque consilii neque audacie unquam egere: neque superbia obstabat, quo minus aliena instituta, si modo proba, imitarentur. Arma atque tela militaria ab Samnitibus, insignia magistratum ab Tuscis pleraque sumserunt; postremo quod ubique apud socios aut hostes idoneum videbatur, cum summo studio exsequabantur; imitari, quam invidere bonis malebant.*»—C. POLYB., VI, 25, 11: ἀγαθοὶ γὰρ, εἰ καὶ τινες, ἕτεροι, μεταλαβόντες ἔβη, καὶ ζηλώσαι τὸ βέλτιον καὶ Ῥωμαῖοι. ○

de la victoria, unido á la diferencia de raza, imprime á los conquistadores un carácter heróico; tales fueron los Arios en la India, los Dorios en la Grecia, los Germanos en la Edad Media. No sucedió lo mismo en Roma. El patriciado era una aristocracia de dinero. Segun la constitucion de Servio, los ricos eran los señores del Estado y no dejaron nunca de dominar en los comicios, de monopolizar el Senado y de ocupar todos los cargos. ¿Cuáles eran las relaciones entre patricios y plebeyos? Las de acreedor y deudor. La nobleza que sustituyó al patriciado se manifestó igualmente ávida de ganancias. Segun Caton, el hombre admirable, el hombre divino es aquel que adquiere durante su vida más bienes que los que le han dejado sus padres (1). Bruto, el tiranicida, prestaba al cuarenta y ocho por ciento (2). «La usura, dice Tacito, ha sido un vicio antiguo entre nosotros, y la causa más comun de nuestras discordias y de nuestras sediciones; las leyes contra la usura eran violadas por los mismos senadores, ninguno de los cuales estaba exento de semejantes prevaricaciones» (3).

Estos hechos manifiestan en el pueblo romano un espíritu positivo y calculador. Los Romanos y los Griegos eran hermanos; vivieron largo tiempo una existencia comun. Es verdad que la historia nada dice acerca de estos tiempos primitivos; pero las lenguas han conservado el incontestable testimonio del parentesco de las dos razas. Sin embargo, ¡qué diferencia en su desenvolvimiento! Es casi tan grande como la que hay entre los Helenos y los Indios. Los Griegos son un pueblo de artistas; para ellos la vida es un banquete al cual asisten coronados de flores y cantando himnos á la alegría. Les repugna toda unidad, excepto la de la ciudad, y áun luchan incesantemente entre sí, hasta que la disolucion pone fin á su independenciam. Méenos sufren aún la opresion en el dominio de la inteligencia; el libre pensamiento triunfa sobre la religion; la filosofía es la gloria de la Grecia. Los Italianos son en todo el reverso de los Helenos; la ley, la idea de poder, de unidad, de imperio, rige todas las relaciones de la familia y de la

(1) PLUTARCH., *Cat. Maj.*, c. 21. Tal es tambien el ideal del romano antiguo trazado por HORACIO (*Epist.* II, 1, 105 y sig.).

(2) CICER., *ad Attic.*, v, 21, 8; VI, 1, 4.

(3) TACIT., *Ann.* VI, 16. ●

sociedad. La vida fácil, poética, de la Grecia es reemplazada por una existencia de especulación y de trabajo; diríase que era un pueblo de utilitarios. Los lazos de la familia no son la afección, la caridad, la protección; es el poder rígido del padre de familias bajo el que todo calla. El Estado domina á los ciudadanos, como éstos dominan á sus familias. El círculo de la unidad se ensancha sin cesar; la ambición romana no se satisface más que cuando ha conquistado el mundo. Roma no reconoce otro fin. Los Romanos no tienen literatura original; solamente un estudio tiene atractivo para ellos, y es el estudio del derecho que les sirve para someter á los pueblos conquistados á las costumbres de los vencedores. La religión de Roma no tiene nada de esa poesía del culto griego, que aún hoy nos encanta después de tantos siglos de cristianismo; es una religión de la inteligencia, y, como el espíritu romano es esencialmente positivo, la religión llega á ser una institución política. La guerra, única ocupación de los ciudadanos, sustituye entre ellos á la industria y al comercio: es permanente durante ocho siglos. La conquista en manos del Senado es un instrumento de dominación y de lucro; en los designios de Dios es un medio de unidad.

## § II. — Derecho de guerra de Roma. Su misión.

¿Cuál es el derecho de guerra del pueblo nacido para la conquista? No es la humanidad la virtud de la aristocracia. La hemos visto en las ciudades de la Grecia, y la hemos hallado siempre egoísta, subordinando todo á su interés; no retrocediendo ante ningún crimen cuando se trata de consolidar su poder; vertiendo la sangre friamente, por cálculo, sin que jamás un sentimiento generoso le inspire la moderación en la victoria. Tal es el genio aristocrático en la antigüedad, tal es todavía en los tiempos modernos. No encontró en Roma contrapeso alguno en las tendencias de la nación. Por el contrario, la raza romana tenía todos los defectos de la aristocracia: un espíritu de dureza, de crueldad, que se manifiesta hasta en sus placeres. Los Romanos no conocen las

fiestas poéticas de los Helenos; sus espectáculos favoritos son hombres que se matan para divertir á los demás. No hay lugar alguno en la tierra en que se haya vertido tanta sangre como en la arena de un anfiteatro romano. Lo cual no obsta para que los horribles juegos de los gladiadores hayan sido aprobados por los genios más humanos que ha producido Roma. Las aristocracias aprecian todo por la utilidad. Ahora bien, los combates de los gladiadores, manifestando el desprecio de la muerte, sostenían la virtud guerrera en los espectadores; ¡hé ahí por qué Cicerón y los Plinius los aplaudían!

Sin embargo, este pueblo sin entrañas ha sido ménos cruel en sus guerras que la Grecia. Los Griegos mostraban en sus querellas todo el furor de las disensiones civiles; gozaban más en destruir que en reinar. Roma, que sueña con conquistar el mundo y explotar á los vencidos, tiene por esto mismo miras conservadoras; su clemencia es calculada, pero siempre resulta que sus conquistas no están manchadas por las atrocidades que hacen de la guerra de Peloponeso uno de los espectáculos más espantosos de la historia. Comparando los Romanos á los pueblos modernos, se hallará indudablemente que los destructores de Cartago, de Corinto y de Numancia son todavía bastante bárbaros; pero la obra de destrucción que nos irrita parecía á los antiguos una acción lícita: los historiadores no la consideran objeto de censura. La historia de Roma ha sido escrita por Griegos. Comparando las guerras de los Romanos á las de los Helenos, la conducta de los conquistadores del mundo les admiró; la clemencia que los vencedores mostraron hácia los vencidos les pareció más admirable que su valor guerrero, y la celebraron á porfía. Oigamos á Diodoro: «Los vencidos esperaban ser castigados con rigor extremo; los vencedores, moderando su victoria por una humanidad sin ejemplo, los trataron como amigos y bienhechores más bien que como enemigos; concedieron á unos el derecho de ciudadanía, á otros alianzas de familias, y dieron á muchos la libertad» (1). El escritor griego no encuentra nada que censurar en la destrucción de las ciudades rivales de la Ciudad Eterna: era el derecho de gentes de

(1) DIODOR., *Fragm.*, XXXII, 4, 5.